



Desde  
**10**  
años



PLANETA

ROJO

**JIM**

SERGIO GÓMEZ

ILUSTRACIONES DE ÁLVARO LÓPEZ

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

© del texto, Sergio Gómez, 2014

© de las ilustraciones, Álvaro López, 2014

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2015

Av. Andrés Bello 2115, piso 8, Providencia, Santiago de Chile.

[www.planetalector.cl](http://www.planetalector.cl)

[www.planetadelibros.cl](http://www.planetadelibros.cl)

Primera edición: abril 2015

ISBN: 978-956-247-935-6

Editorial Planeta Colombiana S. A., 2016

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-5483-2

ISBN 10: 958-42-5483-9

Primera impresión: octubre de 2016

Segunda impresión: marzo de 2017

Tercera impresión: agosto de 2018

Cuarta impresión: agosto de 2019

Impreso por: Editorial Nomos S.A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

## SERGIO GÓMEZ (biografía)

Nació en Temuco en 1962. Estudió Derecho y Literatura en la Universidad de Concepción, y fue profesor en la última especialidad. Fue creador del suplemento *Zona de Contacto*, del diario *El Mercurio*, y desde mediados de los años noventa se ha dedicado principalmente a la escritura. Actualmente escribe en diarios y revistas, y elabora guiones de cine y televisión.

## ÁLVARO LÓPEZ (biografía)

Artista visual e ilustrador, nació en Santiago en 1973. Estudió Artes Visuales en el Liceo Experimental Artístico, Licenciatura en Artes en la Universidad de Chile y Magíster en Artes Visuales en la Universidad de Chile. Fue profesor de dibujo en la carrera de Ilustración en Duoc UC y realiza de forma independiente trabajos de ilustración para editoriales, agencias de publicidad y productoras audiovisuales.

Ha realizado exposiciones individuales y colectivas en Chile y en Europa.



# CONTENIDO

PRIMERA PARTE .....	9
Capítulo 1.....	11
Capítulo 2 .....	15
Capítulo 3 .....	17
Capítulo 4 .....	21
Capítulo 5.....	25
Capítulo 6 .....	31
Capítulo 7.....	37
Capítulo 8 .....	43
Capítulo 9 .....	45

Capítulo 10 .....	51
Capítulo 11 .....	57
<b>SEGUNDA PARTE .....</b>	<b>61</b>
Capítulo 12.....	63
Capítulo 13.....	71
Capítulo 14.....	77
Capítulo 15.....	83
Capítulo 16.....	89
Capítulo 17 .....	95
Capítulo 18.....	99
Capítulo 19.....	101
Capítulo 20 .....	105
Capítulo 21.....	109
Capítulo 22 .....	113
Capítulo 23 .....	119



# PRIMERA PARTE



## CAPÍTULO 1

Jim y Jimo vivían en una calle arbolada y fresca que caía a avenida Pocuro. A los dueños de la casa los conocí muy poco, nunca fuimos amigos, solo vecinos. Ellos vivían en una casa y yo en un edificio que les cerraba el patio. Nos saludábamos cuando paseábamos por el parque que sigue por varias cuadras esa avenida. También los encontraba en fiestas de amigos comunes. Era una pareja joven. A veces trotaban por el parque, como muchos otros, con pañuelos en la cabeza, ropa deportiva y audífonos en los oídos. Creo haberlos visto también con ese perro, la madre de Jim y Jimo. Mi primera impresión —puedo equivocarme— fue ver a una pareja feliz. A él alguna vez lo vi subir a una bicicleta para llegar a su trabajo. Sentí envidia: con corbata, bolsón de trabajo, pero arriba de una bicicleta, con expresión de satisfacción y felicidad.

Emprendí varios viajes en esa época, incluso viví en el extranjero; ese debió ser el motivo porque no volví a ver a esa pareja en un largo tiempo. Cuando por fin lo hice, todo había cambiado entre ellos. A él, por ejemplo, nunca lo volví a ver en su bicicleta, sino en una camioneta gigante, de neumáticos anchos. A ella, un día, la encontré en una pastelería del barrio. Su cara era triste y aburrida. Nunca más los vi juntos trotando por Pocuro, o en el parquecito que baja Tobalaba, por donde yo trotaba, aunque solo lo hacía los fines de semana. Teníamos amigos comunes, creo que lo he dicho antes, por eso me enteré lo que ocurrió con ellos dos. Aún seguían viviendo en esa casa de calle Las Amapolas, una calle linda, de casas con jardines, que desemboca en avenida Pocuro.

Desde el segundo piso veía la casa de la pareja, o más específicamente, una parte importante de su patio. Allí vi a un perro junto a dos cachorros recién nacidos. Voy a confesarlo: nunca me han gustado los animales, tal vez por eso vivo en un departamento, para no tener ningún tipo de mascotas.

Ese día bajé las escaleras de mi edificio y caminé por la vereda. Disimuladamente pasé por el portón del patio de esa casa. Cuando venía de vuelta el portón

se abrió de pronto y la señora que hacía el aseo apareció cargando una enorme bolsa negra con botellas para que el camión las recogiera. No le importó que le echara una mirada a los cachorros, pero solo desde la puerta. Los vi dando saltos, entumidos de frío, sus colas eran pequeñas y vibraban como resortes. Su madre los vigilaba. Y fue la señora del aseo quien me informó los nombre de los cachorros: Jim, el más grande, Jimo el pequeño pero robusto. Parecerá extraño que diga esto, pero en esa ocasión, desde el portón de la casa, fue la primera y la única vez que vi a Jim y a Jimo.



## CAPÍTULO 2

**D**e lo que ocurrió después, me enteré escuchando los relatos de mis amigos que conocían a la pareja, fueron ellos los que me dieron los detalles de lo ocurrido. De esa forma, uniendo fragmentos, pegando otros, fui armando una historia.

Los cachorros, que cumplían algunas semanas, nunca volvieron a entrar a la casa. Fueron los más afectados por el ambiente tenso que existía. Tuvieron suerte, porque recién comenzaba la primavera en Santiago y las noches, aunque todavía frías, eran soportables. Jim y Jimo dormían acurrucados cerca de su madre, en un rincón temperado de la lavandería del patio que yo veía desde mi ventana.

Una noche se produjo una descomunal pelea en la casa. Se dijeron muchas cosas, todas hirientes. Cuando se discute de esa forma las frases se largan como

pedras. Una de esas frases fue: “No quiero saber más de esos cachorros”. Y la siguiente, peor: “Llévatelos de aquí, no hay espacio para criar perros”.

Al día siguiente, el hombre llegó con una caja de cartón. Sin pensarlo cogió a los dos cachorros y los echó allí. Jim y Jimo no se hicieron problemas porque creían que era un juego. El hombre acomodó la caja en el asiento de atrás y arrancó la camioneta.

Cruzó Santiago hasta que encontró la ruta hacia el sur. No tenía claro adónde se dirigía. En la caja los cachorros se impacientaron, comenzaron a llorar y a mordisquear el cartón. El movimiento también los mareó y al final se durmieron. La caja era estrecha y los hermanos producían calorcito que llamaba al sueño. Un poco más adelante, debido a las vueltas, Jimo, el más pequeño y gordo, se descompuso y vomitó el desayuno.



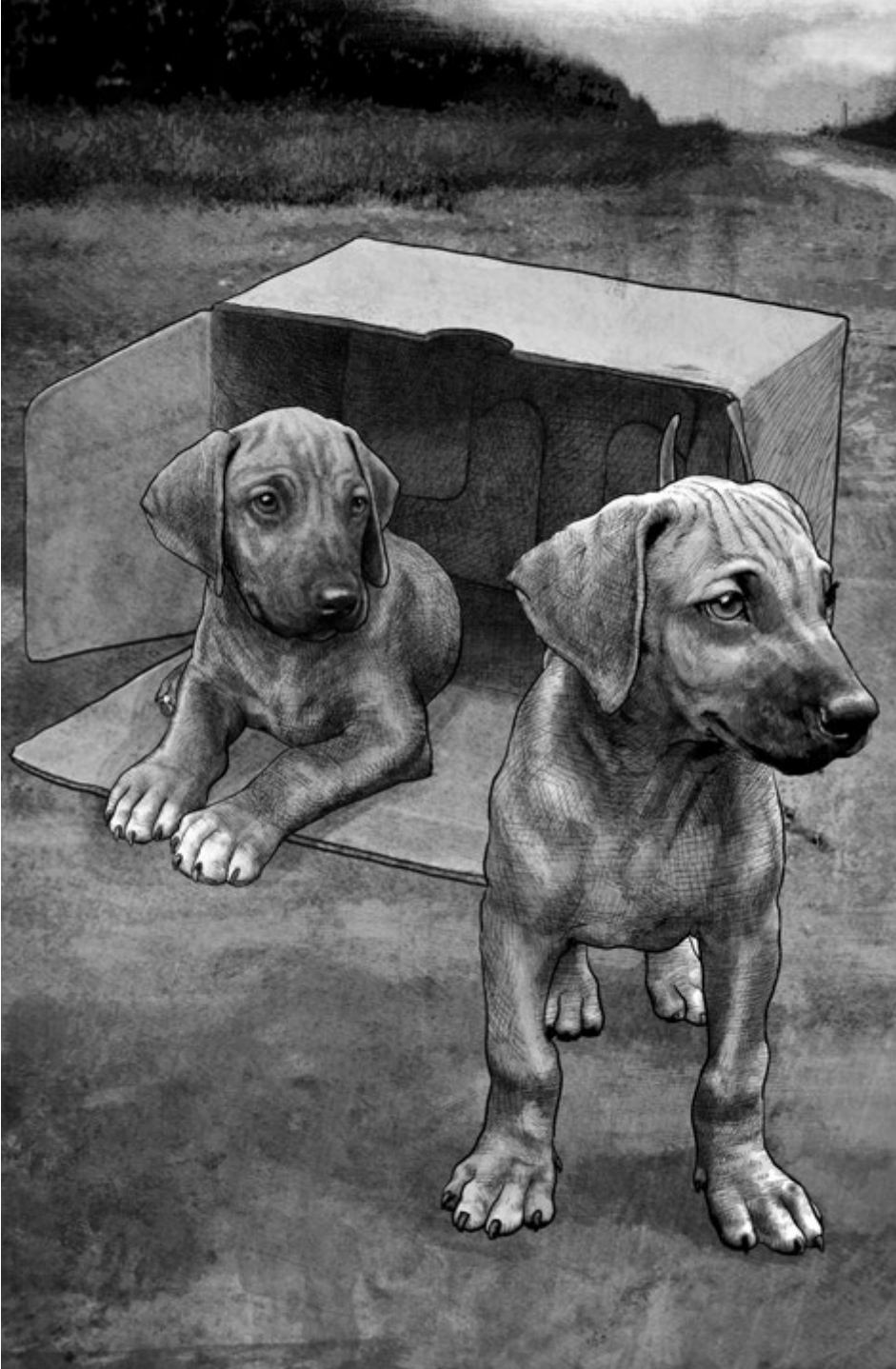
## CAPÍTULO 3

**H**acía mucho tiempo que el hombre no seguía esa ruta, una con tres pistas que baja hacia el sur y se aleja de la ciudad. Alguna vez, en verano, hizo ese recorrido junto a su mujer. Pero a ambos les gustaba vivir en Santiago, no les interesaban los paisajes o la naturaleza, o solo les interesaban para fotografiarlos.

Un letrero indicó la salida de la ciudad. Como el hombre no tenía nada más que hacer, y regresar a la casa le provocaba pesadez, siguió sin detenerse. Luego de pasar el puente sobre un río, el paisaje se despejó. Después de una hora, y sin meditarlo, solo porque le pareció que era suficiente, buscó una salida de la carretera. Se detuvo un momento y, todavía sin pensar con claridad, dobló el volante hacia un camino interior, entre viñedos y campos. El pavimento acabó de pronto. Observó por delante el ca-

mino de tierra y ripio, los campos, las parcelas y los arbustos empolvados. No tenía idea dónde estaba. Volvió a acelerar. Avanzó varios kilómetros. Vio una escuela en medio del campo, vio viñedos con uvas verdes, y casas en las entradas de las parcelas. Y al fondo, deteniendo el paso, el fin del camino, es decir, los grandes cerros.

Unos minutos después detuvo la camioneta. Sin pensarlo, pero con prisa, recogió la caja de cartón del asiento de atrás. A su alrededor solo estaban los extensos campos, se respiraba ese aire fresco, muy distinto al de la ciudad. El paisaje era seco, con matorrales. Dejó caer la caja al suelo. Escuchó en el interior los aullidos de los dos cachorros nerviosos. La caja, por el peso y el movimiento, se inclinó y se desplomó de costado. Por el hueco apareció Jim y luego su hermano tiritando de frío. Miraron hacia todas direcciones. El panorama les era completamente extraño. Lo primero que hicieron fue olfatear el aire. Y lo primero que constataron fue que no estaba cerca su madre. Permanecieron en la entrada de la caja de cartón, sin atreverse a avanzar, apabullados por esa extensión enorme, extraña, reseca, polvorienta, distinta al patio cerrado.



El hombre que los llevó hasta allí se limpió la ropa. No volvió a mirarlos. Los cachorros asomaban sus cabezas desde la caja. Jimo, el más inquieto de los dos, alcanzó a dar unos ladridos, pero bajitos, apocados y miedosos.

El hombre subió a su camioneta y se alejó por el mismo camino por donde llegó.